con su ejemplo á los reves de la tierra la dulzura, la humildad, y la beneficencia, se dejó ver sobre la tierra en forma de siervo, para enseñar á los súbditos el respeto, la fidelidad y obediencia para con los soberanos del mundo. Manda que los honremos; y aun obró un milagro, el único que hi zo en su favor, para pagar por sí mismo y por el gefe de su Iglesia el tributo, que es un testimonio solemne de su sumision y de su obediencia. Reprendió á San Pedro por haber sacado la espada contra los ministros de la autoridad pública, y esto en el momento mismo que se apoderaban de su sagrada persona. Pudiera haber aniquilado á sus enemigos con una sola palabra; pero lejos de esto púsose en sus manos: obedeció la sentencia inicua que le condenaba á muerte; y obedeció hasta los verdugos que le crucificaban. En esta obediencia, que siendo Dios prestaba á los hombres, obediencia á su Padre celestial como se lo habia ofrecido cuando vino al mundo [1]; y por esta obediencia, que le llevó hasta abrazarse con la cruz, apareció mas grande aún, que cuando brilló rodeado de gloria sobre el Tabor; pues en ello presentó al Padre el mas grande y el mas glorioso de todos los sacrificios, recibiendo en recompensa el imperio sobre todo el universo [2]. Sus dis-

cípulos debian por necesidad participar del mismo espíritu; y así es, que jamas los emperadores romanos tuvieron vasallos mas fieles que los mismos cristianos á quienes tan encarnizadamente perseguian.asM obgam feb sonsyedos sol nos

De suerte, que Jesucristo por una disposicion admirable de su infinita sabiduría, presenta en su persona á todas las clases y condiciones el mode lo de todas las virtudes, traazndo á cada una los deberes que la son peculiares. La 9 mez à dibnarq

## to en el momento mismo que se apoderaban de su and a obstructed abstract abstract abstract abstract abstract and a second abstract abstract

contra los ministros de la autoridad pública, y es-

De las tres virtudes que sirven de fundamento á la moral de Jesucristo, opuestas á las tres pasiones que son el origen de todos los vicios

diencia, que siendo Dios prestaba a los hombres. Hemos visto que el hombre carnal, precisado á buscar su dicha sobre la tierra, era á la vez dominado de tres pasiones, orígen de todos los vicios, á saber, del amor á los placeres, del amor á las niquezas, y del amor á la gloria ó fama; porque el mundo, que es la region de las pasiones, no ofrece ninguna otra cosa mejor, ni las pasiones, por consiguiente, pueden percibir mas adelante ningun otro objeto.

Jesucristo, para formar en nosotros el hombre

<sup>1</sup> Ps. 39, 11. 2 Phil. 2, 8, &c. of an analysis of the control of

celestial, hizo morir al hombre carnal; oponiendo tres virtudes á los tres indicados afectos desordenados del corazon humano, esto es, la mortificacion de los sentidos, la pobreza de espíritu y la humildad del corazon. Jesucristo desde lo alto de la cruz, con esta muerte mística, destruye las pasiones á la vez, sofoca en su origen todos los vicios, y establece sus preceptos y consejos: nos invita á que sigamos el camino de su santa ley, y nos presenta, para animarnos, los motivos mas poderosos.

## ARTÍCULO I.

## Mortificacion de los sentidos.

Los sentidos, que parecen ser los árbitros únicos del hombre por la poderosa impresion que causan en el corazon humano, le arrastran naturalmente hácia los placeres, como si en ellos consistiese su verdadera felicidad. Los mismos estóicos que pretendian espiritualizar enteramente al hombre por medio del amor á la sabiduría, y despojarle hasta de la sensacion del dolor, no podian menos de mezclar la idea de los placeres sensibles con la felicidad que ellos se imajinaban á su modo en la otra vida.

Pero enhorabuena; suponed que los placeres constituyan, por lo menos una parte de la verdadera felicidad: es cierto entonces que cada uno se

los pintará segun su fautasía le sujiera; y como ... falta el conocimiento de un término fijo, cada cual le adelantará ó atrasará conforme á su inclinacion. y segun el grado de felicidad que se figure esperimentar en el goce de dichos placeres. De aquí resultaria, como una consecuencia precisa, que muy luego no habria otra regla para juzgar de la ilegitimidad de aquellos, que el mal físico, producto del esceso; y una vez apoderadas del campo las pasiones, no pudiendo ya contenerse, ni hallando en donde fijarse, se vendria á parar de grado en grado en el precipicio de los mas grandes desórdenes y de las últimas desdichas. La juventud se cubriria de oprobios: la vejez se anticiparia con sus dolencias al término de esta desgraciada carrera: las pasiones la harian mas corta exijiendo siempre nuevos contentamientos, minando el frágil edificio sobre que fundaban esta felicidad; y el hombre enteramente embrutecido se abismará en las sombras de la muerte: ¡momento terrible, en que viene á tierra este simulacro de arena! La muerte va á desvanecer la ilusion, á reducir á polvo lo que solo era polvo; y ya no quedará del hombre mas que sus vicios, que reposarán en adelante con él, en le profundo de un sepulcro (1),

Pero jy es cierto, tan evidente, que la muerte,

constituyan, por lo menos una parte de la venta-102 Job. 20,111, sup securior en ciario se debioilet crob

esta fiera dominadora de la tierra cubrirá para siempre con sus sombras estas cenizas impuras, arrebatándolas de la vista del universo? La religion, cuyas luces penetran hasta el sepulcro, nos revela secretos que pasan de aquí sobre esta porcion de nosotros mismos, que parecia iba á confundirse con la nada; mas el hombre sensual, que solo ve en sí tierra, que no conoce otro bien que la felicidad de los sentidos, era preciso que se degradase en la porcion mas bella de su sér: este hombre en quien el espíritu, el corazon, los deseos, los pensamientos, todo se habia convertido en terreno, en quien los sentidos dominaban con tanto imperio sobre su alma, que debia ser la señora; este hombre, decimos, deja de ser, desaparece. Mas Jesucristo forma un hombre nuevo, le mues tra una region nueva, que debe servirle de morada por toda una eternidad; pone al alma en la posesion de sus derechos naturales, la restituye la superioridad perdida sobre los sentidos; y despues de haberla reintegrado en su dignidad primitiva, despues de haberla vivificado con su espíritu, comunica tambien al cuerpo un dote de inmortalidad santificándole, para agregarle algun dia al reino de los espíritus, en donde la carne y la sangre no tendrán entrada (1); y en donde todo

Así, el bautismo que nos consagra á Jesucristo para darnos una vida toda espiritual en memoria de su resurreccion, y que es una ley de muerte para el hombre terreno y sensual, es á un mismo tiempo señal y prenda de nuestra futura resurreccion. Por dicho acto, nuestro cuerpo se hace templo del Espíritu Santo (2), el canal de sus gracias, miembro sagrado del Hijo de Dios, que la alimenta con su preciosa sangre. Todo, pues, es santo; todo por consiguiente debe ser celestial en un cuerpo, del que el mismo Dios de santidad ha

en lejos de halagar a su coerno, bien letos

es inmortal, celestial. "Jesucristo nos ha sepul"tado con él en las aguas del bautismo, dice San
"Pablo, para que muramos, para que así como él
"resucitó de entre los muertos por la gloria del
"Padre, nosotros tambien andemos en una nue"va vida. Nos ha crucificado consigo, para des"truir el cuerpo del pecado, á fin de que no sien"do ya esclavos del pecado, habitando dentro de
"nosotros el mismo espíritu que le resucitó de
"entre los muertos, vivifique tambien nuestros
"cuerpos mortales, de suerte, que despues de ha"ber llevado la semejanza de su muerte, lle"vemos tambien la semejanza de su resurrec"cion (1)."

<sup>1 1.</sup> Cor 15, 50.

<sup>1</sup> Rom. 6, 4, etc.

<sup>2 1.</sup> Cor. 3, 16.

tomado posesion, como de cosa propia. La muerte, reduciendo á cenizas este cuerpo, no podrá arrebatarle sus privilegios. La fé distinguirá siempre en él, lo que siempre habia respetado; los despojos santos de una alma inmortal, una porcion preciosa de la herencia del Hijo de Dios: y estos restos preciosos de la mortalidad del hombre, serán depositados en un lugar santo en donde aguarden el dia solemne para ser revestidos con la gloria de Jesucristo, y recibir una nueva vida, que sirva de ornato á su triunfo.

Elevado así el hombre, sobre las alas de la fé, hasta las mansiones celestiales, ya no necesita otra voz que le muestre los deberes de la castidad, de la modestia, de la templanza: la religion lo tiene dicho todo. "El sabe, que como Jesucris" to despues de haber resucitado de entre los "muertos, no morirá jamas; así habiendo él mis" mo muerto al pecado y viviendo en Dios por Jesucristo, el pecado no debe reinar mas en su "cuerpo mortal, por obedecer á sus deseos: que "no debe hacer servir mas sus miembros á las "armas de la iniquidad por el pecado; sino á las "armas de la justicia, como un hombre que ha si-"do resucitado de entre los muertos (1)." Y bien lejos de halagar á su cuerpo, bien lejos de

gloriarse de las cualidades brillautes que favore cen las inclinaciones desarregladas del corazon humano, honrará con respeto religioso, en un cuerpo terreno, al Dios de santidad que le ha consagrado con su presencia: temerá cuanto pueda manchar su pureza, cuanto pueda hacerle perder los privilegios de la inmortalidad recibidos. Sabe que profanar el templo del Señor, es incurrir en la maldicion divina [1] y así, respetando su cuerpo, le contendrá dentro de aquella dependencia, con que solamente podrá honrar lo que es mansion de Dios; pues todo lo que saca á las criaturas de este orden, las envilece. Tendrále, con este respeto, sujeto al imperio del alma, y esta lo estará al de Dios; harále servir á las obras de la fé, formará un holocausto de penitencia, preparándole de esta manera para recibir el último sello de la inmortalidad, con el esplendor de los espíritus celestiales. Mirando con los ojos de la fé la figura de este mundo que pasa, y la magnificencia de! reino que ha de durar siempre, sabrá decirse á sí mismo, que su vida es un combate sobre la tierra (2): que no puede vivir con Jesucristo, sin morir antes con él (3); que no puede resucitar con Jesucristo, sin ser crucificado, comoé 1 lo fué, á el

<sup>1</sup> Rom. 6, 11, 12, 13.

Ib. 6, 26.

<sup>2</sup> Job. 7, 1.

<sup>3</sup> Rom. 60.,

mundo, y sin que el mundo sea crucificado en él. Llegará por último á comprender la fuerza de estas máximas: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (1). Desgraciados de vosotros que reis, porque vendrá dia en que lloreis (2). Stolenberg where a subscript automorphism

Su alma, sin duda, como dependiente de los sentidos, estará sujeta tambien, como lo estuvo el mismo Jesucristo, á los padecimientos y necesidades de esta vida mortal; pero estos padecimientos suplirán lo que falta á la pasion de Jesucristo [2], por la semejanza que le darán con su divino Maestro. Esperimentará ademas lo que Jesucristo infinitamente santo no pudo sufrir; esto es, las sugestiones del pecado y los movimientos humillantes del hombre sensual: pero estando todo entregado á Jesucristo, y pudiéndolo todo con su gracia, las mismas tentaciones servirán para acrisolar su virtud, y acrecentar la gloria de su triunfo (4). We call the said of the common of the common of

un nes tementos, le anseña á buscar otros bienes en el

cielo: bienes que le son dignos únicamente. Je-

esugnatonque es el primer resucitada de entre los

Several training and adversely of the state of the state

ARTÍCULO II.

Pobreza de espíritu.

Como las riquezas sirven de pábulo á las pasiones, éstas á la vez sustentan el amor de aquellas; pues no puede desearse la felicidad de este mundo, sin desear al mismo tiempo los bienes que la proporcionan. La sabiduría humana que proscribia la avaricia, la injusticia, y los demas desórdenes que nacen de la codicia, no podia estirpar ésta, permitiendo al mismo tiempo otras pasiones, compañeras suyas inseparables y necesarias. Mas Jesucristo puso el remedio en el orígen del mal, haciendo morir así todas las pasiones que procedian como un engendro de la codicia.

Pero, se dirá: ¿ el hombre sin pasiones no carecerá tambien de deseos? y el hombre sin deseos, i no será una cosa fuera de la naturaleza? Sí, ciertamente: el hombre sin pasiones, sin deseos, sin apego á cosas de la tierra, estará fuera de la naturaleza, si es que nada tiene que desear fuera de ella; pero la fé, que le hace despreciar los bienes terrenos, le enseña á buscar otros bienes en el cielo: bienes que le son dignos únicamente. Jesucristo, que es el primer resucitado de entre los

<sup>1</sup> Matth. 5, 5. Weng . une or de north la salesonne mans in

Luc, 6, 25.

<sup>3</sup> Col. 1, 24.

amaid their evenes resteined being 4 2. Cor. 12, 3. assist of adpoint about a mile of the

muertos [1], nos abre la puerta de esta nueva man sion; y convencido el hombre de que la santidad es el único camino que conduce á este término, dirijiendo á este objeto todos sus deseos, ve desaparecerse ante sus ojos todos los tesoros de la tierra. Desde entonces el amor á la felicidad, que en el hombre carnal era amor solo á las riquezas, á los placeres, á los honores y á la gloria, pasa á ser en el hombre cristiano amor á Dios, á su religion, á la virtud. No viendo la felicidad en otra parte, su ambicion, que antes se dividia entre mil deseos, mil objetos diferentes, turbada continuamente por los obstáculos, los cuidados, las zozobras de una vida tumultuosa; esta ambicion insaciable, que alternativamente llamaba al fraude y á la injusticia en su apoyo, muda de naturaleza, variando objeto. Como únicamente aspira á un bien independiente de los hombres y del poder de todos ellos, se reconcentra en un solo objeto para dar mayor eficacia á sus deseos, sin turbar la paz del alma; y deseando solamente las recompensas, premio de la santidad, solo puede producir virtudes. Así el cristiano, en vez de acumular bienes de la tierra, los derramará generosamente en el seno de los necesitados, para acrecentar los del cielo, sin que tenga otra avaricia que de los teso-

ciefo: drinenes que le son dignos unicamento es sucrisma de la primer resucriada. 81 il do? les

ros de la eternidad. En lugar de gloriarse en las riquezas, las temerá, y se humillará [1]: sabiendo que sus cuidados sofocan la semilla de la palabra divina [2]; que las riquezas son cebo de las pasiones; que aumentan las dificultades para el cumplimiento de nuestros deberes, y suscitan enemigos á la virtud. Nuestro divino Maestro Jesucristo nos enseñó con su ejemplo el amor á la pobreza: se hizo pobre para enriquecernos con sus propios tesoros [3]; prefirió á los pobres en la distribucion de sus gracias; declaró que es mas difícil al rico entrar en el reino de los cielos, que el pasar un camello por el ojo de una aguja [4]; y los vicios que nacen del seno de las riquezas, conducen á la maldicion que lanzó contra ellas. Llorad, pues, ricos de la tierra, y dad ahullidos por las desgracias que van á caer sobre vosotros. Vuestras riquezas han sido entregadas á la corrupcion: vuestros vestidos fueron pasto de la polilla: vuestra plata y oro han sido consumidos por el orin; y este orin servirá de testigo contra vosotros. El quemará vuestra carne como el fuego. Habeis amontonado tesoros de ira para los últimos dias. Escuchad cómo grita contra vosotros el salario de los obreros á quienes de-

<sup>1</sup> Jac. 1 9.

<sup>2</sup> Luc. 8. 14, 17 200 100 100 1 100 100 100 100 100

<sup>3 2</sup> Cor. 8, 9.

<sup>4</sup> Matth. 19, 24.

nistracion: cortará las superfluidades del lujo y de

la sensualidad: reducirá las necesidades de su es-

tado á los límites de la frugalidad y de la modes-

fraudásteis del fruto de su trabajo. Estos gritos han penetrado hasta los oidos del Altísimo. Habeis pasado los dias en festines, y alimentado en la lujuria vuestro corazon, para el dia en que seréis inmolados (1). Este anatema terrible ha sido fulminado por el Espíritu Santo, en boca de un apóstol.

Pero, ino debe alarmarse la política al ver un tal despego, que parece debe sofocar la industria y las artes, acabar con todas las fortunas, obstruir los veneros de riqueza, así de los particulares como del Estado, y paralizar la sociedad toda, causando en ella un fatal estupor é inercia? Todo al contrario: la sabia política bendecirá al Dios de los cristianos que, proscribiendo la codicia, corta de raiz las injusticias, las violencias, los fraudes y casi todos los crímenes que minan la sociedad: que condenando el amor desordenado á los bienes de la tierra, al propio tiempo que impone la obligacion de administrar prudentemente los que poseemos, provee á la vez al bien particular y general, sin disminuir en nada las riquezas del Estado. De suerte que el discípulo de Jesucristo, no obrando por el impulso ciego de la codicia, sino por amor á su deber, semejante á un administrador fiel, solo se valdrá de medios lícitos y honestos para adquirir y para conservar. Tendrá menos inquietud y mas

Advertir al sabio que ni los placeres ni las riquezas pueden hacer la dicha del hombre, es repetirle lo que ya tiene conocido; pero decirle que nada posee propio, y por consiguiente, que su gloria solo puede hallarla en los dones que ha recibido de Dios, es hablarle un lenguaje desconocido. Sí, condescenderá desde luego en darle gracias por las riquezas y por los honores; pero no consentirá en deber á otro que á sí mismo sus propias virtudes; y se negará á dar gloria á Dios por los dones con que recibió la escelencia de su sér: esto es, rehusará prestar el homenaje mas debido, y de que tan celoso se muestra el Criador. ¡Qué hará entonces el Todopoderoso para castigar esta felonía? ¡Qué? Levantará sin duda su mano, y aban-

tia: no espondrá su fortuna, ni la de los demas, por la ambicion de acrecentarla, asegurando de este modo mucho mas sus haberes. En una palabra, poseyendo sin aficion bienes de la tierra, usará de ellos con templanza, y soportará su pérdida sin flaqueza.

ARTÍCULO III.

Humildad de corazon.

<sup>1</sup> Jac. 5, 1, 2, 3, 4, 5,